

asimiladas por el Sr. SCHNEIDER con tan inteligente entusiasmo, que desde luego le reconocemos como discípulo ejemplar é incondicional del DARWIN jenense. En el prefacio nos hace saber que hacía ya nueve años se había interesado por los estudios de esta clase. "Mis aspiraciones encontraron la más viva simpatía y eficaz apoyo por parte de HAECKEL, á quien revelé mis intenciones; HAECKEL me recomendó muy especialmente el estudio de las manifestaciones volitivas, creyéndolas, con razón, mucho más fecundas que el examen de los problemas cognoscitivos." Luego refiere haberse dedicado durante varios años á la observación detenida de la vida libre de los animales, y en particular de los inferiores. Por más que haya producido algunos hechos observados por él mismo, puede afirmarse que en ningún punto ha alterado los conocimientos hasta ahora corrientes de la vida de los animales; pues tan comprensivo es ya nuestro saber teleológico, que es difícil modificarlo con incremento algunos por importante que parezca. Escuchemos, pues, de qué modo se figura SCHNEIDER que la conveniencia que generalmente aparece en los actos instintivos puede explicarse sin ninguna tendencia.

212. Como primera razón de que un individuo animal obra convenientemente por instinto, se alega la transmisión por herencia. "Lo mismo que un animal nace con determinados órganos, sale también á luz con determinados instintos, y todos los instintos en sentido más estrecho, esto es, menos las costumbres adquiridas en la existencia individual, se han transmitido de las generaciones anteriores á las actuales." (Pág. 412.) Transmitido, si por cierto; mas ¿cómo hemos de figurarnos esta transmisión dentro del sistema puramente mecanístico? "No se transmite del padre al hijo el instinto como tal, é independiente de todos los demás fenómenos de conciencia, sino sólo la *relación* de un acto determinado, de conocimiento á un sentimiento ó instinto determinado." "Quien desee saber de dónde le viene á un muchacho su afán de saquear nidos de pájaros ó de atormentar moscas, vaya á enterarse de los instintos de nutrición de nuestros parientes en el reino animal, los monos, y llegará á colegir que los progenitores comunes de los hombres y micos deben haber tenido la misma costumbre de andar cazando en todo el día y de estrangular otros animales, y que es innato en el hombre el instinto venatorio que se despierta al aspecto de la caza, por cuanto ha heredado también la organización, según la cual de la percepción se origina un instinto." (Página 182.)

¡Bonitas frases! Pero díganosen: ¿cuál es la razón de que aquella correlación de la organización, en fuerza de la cual alguna afectación subjetiva y psíquica (sensación ó percepción) evoca un im-

pulso determinado á éste ó aquel movimiento, se traspaşa por herencia de un individuo á otro? Ya más de una vez se ha hecho advertir á los adeptos de HAECKEL que la transmisión hereditaria constituye un hecho empírico que el sistema mecanista es absolutamente incapaz de explicar (núm. 210).

Aun explicada la transmisión hereditaria, se debe preguntar de qué modo la correlación conveniente de un acto determinado de conocimiento y de un instinto determinado "fué adquirida por los ascendientes de la generación actual de animales." "La sucesión conducente de las acciones de los brutos se ha establecido únicamente por virtud del ejercicio, según enseña la experiencia de todos los días." (pág. 153.) ¡Según enseña la experiencia! ¿Qué es lo que enseña? Que el ejercicio presupone la conveniencia esencial de los actos que se ejercitan. El ejercicio puede, cuando más, afirmar disposiciones que ya son convenientes, perfeccionarlas en su modo de aplicación, darles la cumplida seguridad de la ejecución, por decir así, alambicarlas. ¿Cómo, pues, había de ser el principio fundamental de la conveniencia! Y aun la consolidación de un proceso conveniente por medio de la repetición es posible sólo en aquellas acciones que muy á menudo se repiten en la vida del individuo. No hay ejemplo de que una acción aislada haya bastado á constituir de alguna manera una disposición transmisible por herencia, ni aun á modificar notablemente una propensión ya existente. Mas ¿cuántos instintos hay, y particularmente en los animales imperfectos, que una sola vez se ejercitan en la vida de un viviente!

Parece, en general, que una idea por demás extraña de la vida instintiva de los animales flota ante la mente de aquellos sabios que alegan la mencionada razón para explicar la notoria conveniencia de los actos de los brutos. Trátanlo como algo secundario, ó como una especie de *confort* que el organismo se ha proporcionado posteriormente para mejorar su situación, del mismo modo que el hombre, en el transcurso de su vida, suele apropiarse varias habilidades, artes y demás usos con el fin de embellecer su vida. Pero no es éste el instinto del mundo real de los animales. No es el instinto una adheala ó perfección fortuita, sino que emana tan directamente de su esencia íntima como todo su organismo, perteneciendo como cualquier órgano á las condiciones imprescindibles de la existencia del bruto. La misma causa que, válida de agentes químico-físicos, hace brotar el embrión del huevo fecundado, y formarse en el embrión los órganos aptos para desempeñar importantes funciones, cuales son el corazón, dotado de la capacidad de pulsar, y los pulmones, hábiles para la respiración, la misma causa que elabora en las cavidades oculares del cráneo embrional los

nervios ópticos y los ojos que algún día han de ver la luz y los colores, y desarrolla, con arreglo al teclado de Corti, los nervios acústicos que han de distinguir delicadísimas diferencias de sonido, ésta es la causa que confiere á todos los seres nacientes todos aquellos instintos y habilidades, sin cuyo auxilio no le fuera posible prolongar su existencia. Los apetitos instintivos y las facultades orgánicas se compensan mutua y exactamente en la aspiración á un mismo fin, que es la conservación del individuo y de la especie, y esta su perfecta armonía requiere con necesidad imperiosa una causa real indivisa. Demostrado, pues, una vez que el origen del organismo animal no se explica por el ejercicio y la costumbre, probada está también la imposibilidad de poner en ellos la razón suficiente del instinto.

213. *Res ad triarios rediit.* Aparece ahora en la liza la gran frase del darwinismo, que proclama como causa de la conveniencia de las disposiciones fundadas en el instinto la conocida y decantada supervivencia de lo más conveniente, ley según la cual resultaron aptas para la existencia sólo las más convenientes de todas las imaginables variedades y producciones de la vida instintiva, que á través de transiciones imperceptibles se establecieron sobre la base de la invariabilidad ilimitada. "El que determinados actos de instinto acompañen de una manera oportuna ciertos actos cognoscitivos, sin que éstos despierten jamás instintos inoportunos, esta correlación, fundada en la organización individual, debe considerarse como producto de la selección, así como vemos un resultado de la selección en las funciones fisiológicas convenientes."

Hemos visto lo que la selección puede en el terreno de la organoplástica y de las funciones fisiológicas respectivas (núms. 206-207). ¿Acaso será mayor su alcance en orden al instinto? Podemos contestar con un no incondicional.

Todos los complejos de manifestaciones de instinto que se observan en las diferentes clases de animales se presentan con caracteres específicos tan determinados como aquellas formaciones orgánicas que lo son más. Al contrario, la naturaleza no se muestra, ni con mucho, tan tenaz y hostil al progreso en la conservación de las formaciones orgánicas como en la perseverancia de ciertos actos de instinto. A más de esto, debería poderse alegar algún hecho que otro que hiciera á lo menos probable que el instinto variese, no sólo en cuanto á detalles secundarios, sino respecto á sus rasgos esenciales, saliéndose del tipo fijo y determinado de su especie; pero cuanto más se progresa en el conocimiento de la naturaleza, tanto más claramente se evidencia lo contrario. Bien que el instinto sea capaz de las variaciones y aun de las perfecciones más diversas, jamás pasa de cierto límite ni se sale de su especie; no se

caracteriza como un momento adicional á la naturaleza acabada del animal, sino que es una propiedad esencial y constitutiva de esta misma. Solamente respecto á relaciones secundarias caben modificaciones ventajosas pero imperceptibles. El instinto ofrece, por su esencia misma, al animal ventajas que deciden incondicionalmente de su vida ó muerte, y de consiguiente, toda modificación del instinto ó es insignificante ó funesta. Sólo un instinto acabado é inalterable tiene importancia para el animal; un instinto naciente sería inútil, y antes un estorbo que una ayuda.

Este carácter específico, inalterable é indivisible de los actos instintivos, aparece particularmente en aquellas operaciones en las que los animales proceden con una exactitud mecánica indispensable para el éxito de la empresa, y que, por tanto, debía ejercerse desde un principio con toda perfección, como hecha de golpe. Recordamos cómo se las ingenia el curculio *Trichterwickler* para proteger sus escasos huevos y larvas contra los inmensos enemigos que amenazan extirpar su rara especie. Cuando salgan de los huevos, las larvas deben hallar hojas secas de que alimentarse, y por ser de compleción tan delicada estar bien amparadas de los accidentes adversos de la intemperie. Para conseguir este objeto, este escarabajo confecciona de una hoja de abedul un embudo, en el cual, examinado atentamente, se reconoce una maravillosa obra de arte. Después de cortar el nervio medio de la hoja para estancar la afluencia del jugo vegetal, traza con su afilada trompa dos curvas en forma de S, primero una vertical (S) en el lado derecho de la hoja desde el borde exterior de arriba hasta el nervio medio, y luego en el lado izquierdo otra correspondiente á la primera, que toma la forma de una S horizontal (σ), resolviendo de este modo el conocido y complicado problema de la matemática superior, de construir la evoluta de la evolventa. Y es de advertir que sólo este problema matemático es, técnicamente considerado, la única base conveniente para arrollar un embudo bien cerrado de una hoja de abedul, según el problema matemático de los planos de evolución cónica, con la menor pérdida de fuerza, tiempo y material¹. Muy digno de notarse es también que el diminuto matemático se permite modificaciones, pero siempre muy convenientes, cuando tiene que aplicar su problema á otras formas ó especies de hojas.

214. Aun prescindiendo del carácter específico de los instintos, como consideremos bien cuán complicada es la combinación

¹ Véanse las pruebas detalladas en DENEY, *Beiträge zur Lebens- und Entwicklungsgeschichte der Käsefliege aus der Familie der Ateletiden*, Bonn, 1846, y en los artículos de W. BACH, Doctor FRICKER y E. WISMANN, S. J. (En la revista *Naturaleza y Revelación*, tomos x y xxix.)

de la mayor parte de ellos, debemos persuadirnos de la imposibilidad de que se hayan desarrollado de modificaciones innumerables é imperceptibles, producidas por el acaso y acumuladas por innumerables coincidencias fortuitas.

Examinemos para convencernos de ello las construcciones que hacen algunas especies de animales, y en primer lugar las de los térmitas. Como la vida de estos animales está interesada en evitar que abunde en su derredor la luz solar y el aire fresco, sus operarios marchan sólo por corredores cubiertos, proveyendo todo camino que trazan de una bóveda larga como de un lápiz delgado de grueso; donde se encuentran en la madera tales tubos de arcilla, siempre está carcomida por debajo de manera oportuna. Cuando los térmitas emprenden el roer y comerse todo un árbol, lo revisten primero de una costra de barro para poder trabajar á oscuras. La parte principal del edificio que así resulta está circundada de un valladar y dividida en cámaras reales, aposentos de paridas, almacenes, piso primero y segundo, y la catedral de tal modo que las bóvedas se apoyan sobre columnas especiales de barro. Según las necesidades de la colonia, se hacen también respiraderos semejantes á chimeneas. Los térmitas translocan sus huevos y ninfas siempre de la manera más oportuna, subiéndolos cuando el tiempo está bueno, y bajándolos cuando está frío y lluvioso.

No menos complicadas son las construcciones de los castores; aquellos castillos que parecen hornos, están fabricados de peladuras de madera y argamasa de cieno, y constan de varias cámaras construídas por leyes fijas. Un vestíbulo conduce del río á la entrada. Un dique muy bien acondicionado sirve para represar el agua de manera conveniente y tener la entrada siempre bajo el nivel del agua. Para construir el dique, los castores tienen en el fondo fuertes estacas, meten sarmiento flexible entre ellas, y llenan al fin los huecos de barro. Siendo preciso tener árboles para estas construcciones, los cortan, los despojan de sus ramas y hacen de ellas estacas de diversos tamaños; de modo que todo se emplea del modo más conveniente. Nótese todavía que los castores no construyen casas tan grandiosas sino cuando en regiones solitarias pueden formar grandes compañías, pues las parejas que viven solas se contentan con moradas más sencillas, pero comúnmente muy bien ordenadas.

Preciso es conceder que los térmitas y castores han adquirido cierta celebridad á causa de lo complicado de sus perfectas construcciones. Mas nada quita esta concesión á la justicia de nuestra petición de que se nos enseñe cómo ha de explicarse, sin recurrir á la tendencia, la conducta sorprendente de estos animales.

Aunque otros fenómenos de instinto no sean tan complicados, en casos innumerables envuelven tal complicación de condiciones conducentes á un fin palpable, que es imposible suponer que hayan resultado de la mera persistencia de los procedimientos más convenientes entre muchos otros menos oportunos. Recuérdense los nidos de las aves, tan maravillosos y tan diversos en cada especie. El pavo pendolino (pavo de Lugnodol) confecciona nidos como talegos, con entrada horizontal y tubiforme, y cuelga estas lindas viviendas, de ordinario de cañas ó ramas, encima del agua. El pájaro sastre teje hilos de algodón, y cose con ellos algunas hojas para colocar su nido entre ellos. El pájaro de sombra construye un nido con tres cámaras; los atlantes y lubares se forman unas calles de follaje artificiosas y magníficas. Adviértase con qué oportunidad los animales recurren á menudo á la acción común para lograr su objeto. Cuando las zorras van á la caza, la espantan algunas por su ladrido, mientras que otras la acechan en una senda estrecha que debe pasar al salir de su guarida. Los lobos se dejan á veces ahuyentar por el pastor y los perros de un lado del redil, para que otro pueda invadir de otro el rebaño indefenso. Los monos se reúnen á menudo para el saqueo de un huerto, formando una hilera y tirándose las manzanas robadas de mano en mano, mientras que algunos centinelas atisban para avisarles de algún peligro.

Todo esto, y los demás hechos que ya en un número anterior (173) hemos sacado como gotitas del mar de la realidad, y en particular los instintos que se refieren al cuidado de la cría¹, ¿no ha de ser otra cosa que el resultado de una adaptación mecánica, y efecto de la acumulación ocasional de infinito número de modificaciones imperceptibles y originadas por la casualidad? Muy pronto se afirma tal absurdo; pero mírese de cerca uno cualquiera de los hechos que hemos mencionado, y enséñese cómo una forma del instinto haya podido desarrollarse de otra por variaciones imperceptibles. Pero más cómodo es repetir frases biensonantes que probar aserciones aventuradas. Tenemos, pues, otra vez aquí el mismo error fundamental de toda la teoría darwiniana: la "supervivencia de lo más apto de entre los resultados de una variabilidad enteramente casual, y de consiguiente ilimitada é indefinida", supervivencia de la cual observa bien V. HARTMANN que los fenómenos que presenta la vida instintiva la rechazan aún más enérgicamente que los de las formaciones orgánicas.

¹ Del amor maternal confiesa hasta SCHNEIDER que nadie había todavía logrado explicarlo, y que pocos naturalistas lo habían intentado. (*La voluntad animal*, pág. 262.)

§ III

Solución de las dudas de principio.

215. Ante todo y por de contado, los adversarios de la doctrina acerca de Dios son los que combaten con más furor la teoría del fin que defendemos. "Dejemos pasar, dicen hoy día, la *conveniencia* en la naturaleza con tal que se entienda por ella la *conformidad* con un fin; pero negamos que de la conveniencia en este sentido se pueda inferir la *tendencia* ó bien *aspiración* á un fin, pues tal ilación tendría á lo más la fuerza de una analogía entre las formaciones de la naturaleza y las del arte, sobre la cual no se puede fundar ninguna conclusión sostenible."

Esta malograda objeción es rebatida enteramente por J. STUART MILL, el cual recuerda con oportunidad que la suposición de la tendencia se apoya, no tanto en las semejanzas de la naturaleza con obras de arte humanas, como en el *carácter especial* de estas analogías. "Las semejanzas del mundo con las obras de los hombres á que se suele apelar no están arbitrariamente escogidas, sino que son ejemplos especiales de una circunstancia que la experiencia enseña ser indicio de un origen inteligente, á saber: la tendencia á un fin. La demostración no está, pues, tomada meramente de la analogía. Ya como mera analogía tiene un valor no despreciable; pero es más que analogía... Será conveniente hacer la demostración, no respecto de la totalidad de los casos, sino elegir de entre ellos uno tan convincente como la estructura del ojo. Las partes de que el ojo está compuesto, y el orden en que se hallan colocadas, convienen en la propiedad muy notable de que todas cooperan á habilitar el animal para la visión. Por ser estas cosas tal como son, ve la criatura; si una de ellas fuese de otro modo no vería nada, ó no vería tan bien como ahora en los más de los casos posibles... Ahora, si los elementos orgánicos cuya combinación se llama ojo tuvieron en cada caso un principio en el tiempo, por fuerza debieron haber sido reunidos por una causa. Empero el número de los casos es infinitamente mucho mayor del que es necesario, según los principios de la lógica inductiva, para excluir la cooperación fortuita de causas independientes, ó bien, hablando técnicamente, para eliminar el acaso. Estamos, pues, autorizados por las leyes de la inducción para concluir que lo que reunió todos estos elementos es una causa común á todos ellos. Y en cuanto los elementos convienen en la circunstancia especial de que todos cooperan á producir la visión, debe existir un nexo cau-

sal entre la causa que reunió estos elementos y el hecho de la visión... La consecuencia natural de esta demostración será que, siendo la visión un hecho posterior á la estructura orgánica del ojo, no puede relacionarse con la producción de esta estructura bajo la razón de causa eficiente, sino bajo la de causa final. Esto es, que no la visión misma, sino una idea *preexistente*, debe ser la causa eficiente del mecanismo del ojo."

Mas luego el mismo célebre empirico desvirtúa su demostración recordando el principio darwiniano de la supervivencia de lo más apto, sin atribuirle el menor grado de certeza, pero opinando que tampoco puede desecharse con seguridad absoluta.

Otra vez nos vemos, pues, ante la teoría de la selección, ese gran riesgo bajo el cual toda la turba de los negadores de Dios se esconden para huir de la luz deslumbradora de la verdad. Pero ya hemos oído cómo la ciencia juzga de ella.

216. Mas ¿qué hemos de decir del colosal histerón-proterón, la versión del fin en principio, la contradicción que se hace á la consecuencia del nexo causal, de que está inficionada la causalidad final? "El fin es el prestidigitador de la naturaleza, el que pone el mundo con la cabeza hacia abajo, el que, hablando con SPINOZA, hace de lo último lo primero, del efecto la causa, destruyendo el concepto mismo de la naturaleza¹... No ha sido SPINOZA el primero entre los adversarios del fin que ha señalado este punto por donde nuestra teoría podría flaquear. Los antiguos atomistas concedían ya el derecho á la existencia sólo á lo que sucede á algo anterior según la ley de la sucesión mecánica, pues sólo esto conviene á la burda llaneza del sistema mecanista cuando se cree comprenderlo mejor porque es fácil representárselo con la imaginativa.

No necesitamos, enfrente de semejantes dudas, perdernos en las honduras de la especulación. Todo este argumento se estrella en el hecho más notorio de cuantos hay: en el hecho de la aspiración á fines preconcebidos que presenta la vida intelectual del hombre. Si la tendencia envuelve una contradicción, no es posible en ningún caso. No obstante, es un hecho de la vida cotidiana del hombre; pues si hay un hecho de cuya existencia estamos convencidos con certeza firmísima, es que á menudo emprendemos algo á causa de un fin que deseamos alcanzar². He aquí una ciencia á cuyos postulados han de rendirse hechos firmes como las rocas, una ciencia que pretende persuadirnos que es mera ilusión que los hombres creamos hacer tal ó cual cosa á causa de un fin. "Aun en

¹ D. T. STRAUSS, *La antigua y la nueva fe*, pág. 215.

² ARIST., *Ethic. Nic.*, cap. 1, y l. 1. *Poét.*, cap. 1.

los hombres, dice el catedrático ZELLER¹, el concepto del fin no es sino la forma que para su conciencia toma la necesidad psicológica; el obrar conforme á nociones finales no es sino el modo con que en los seres racionales se ordena, con arreglo á las condiciones de su naturaleza, la procedencia de sus acciones de los motivos. La ciencia no puede ya objetar nada á tales extravíos de la razón; toda la ciencia se acabaría si fuera posible que una necesidad que por sí misma no tiene fin alguno tomara la forma de tendencia sin serlo. Dejaráse enterrar el señor ZELLER con toda su ciencia, pues su ciencia sólo podría ser la forma engañosa de que se reviste para su conciencia el odio á Dios.

La ligereza con que se despacha, según acabamos de ver, el hecho más evidente de la experiencia interna, no es ninguna rareza, sino el rasgo más característico de la sociedad moderna, que con el mismo aliento declama sobre la dignidad y los derechos del hombre en los centros de la ciencia, y discute la necesidad psicológica que lleva al criminal al robo y asesinato, y al hombre de bien á los actos del heroísmo con fuerza irresistible, igual á la que atrae la piedra á la tierra; declara al hombre incondicionalmente libre, y degrada su actividad á la función de una rueda sin inteligencia ni libertad, ingerida como un pedazo de metal en la máquina del universo y de la sociedad, y eleva, en una palabra, al hombre sobre Dios y lo pone más bajo que el animal.

He aquí el rasgo distintivo de la época moderna: ella no ajusta su idea á la realidad objetiva, sino que la finge ignorar, ó hasta la adultera siempre que pugna con las concepciones acariciadas de entendimientos vulgares ó mezquinos. Confinase á la naturaleza á las rutas rectilíneas de las operaciones mecánicas; lo que no cabe en ellas y se sale de sus trillados carriles es "sobrenatural", "milagro", causa "extraña", razón sobrada para desterrarlo de las regiones de la existencia real. "Los antiguos, dice TRENDLENBURG, eran más profundos, pues derivaban todo filosofar de la admiración. Cuando el ánimo se detiene admirado ante los fenómenos que no acierta á comprender, la admiración le estimula al conocimiento. Aquéllos se elevaban con la grandeza y sublimidad de los hechos; nosotros gustamos de hacerlos descender á la claridad superficial oponiendo al principio de la filosofía, que según PLATÓN trae su origen de la admiración, la inversión consecuente, el embotado *nihil admirari*. Mas éste es el último de todos los días para el conocimiento". El fin, el histerón-proterón existe, sin que haya vuelta de hoja; con sus hilos argentinos

¹ Sobre la explicación mecánica y teleológica de la naturaleza, apéndice.

² *Disquisiciones lógicas*, I, pág. 26.

entreteje y anima toda la vida intelectual de la humanidad, y vierte luz deliciosa de sublime idealidad sobre la naturaleza entera. Abrid los ojos, y veréis el fin en todas las formas imaginables; moved el pie ó el brazo, y sentiréis el impulso del fin. "Si la solidez de los huesos, dice el autor antes citado, es proporcional á la robustez de los músculos, como la palanca inflexible á las fuerzas de la potencia y resistencia, es el destino del hueso el que lo ha construido: ó sea el hueso tiene tal y tal fuerza á fin de que sea el firme sostén de ese músculo. El efecto de la firmeza es la causa de la misma. Si la semilla oculta el misterio del desarrollo vegetal, todo el porvenir secreto del organismo de la planta, es porque está como empapada de este porvenir y ligada por él, teniendo en lo que ha de ser, ó bien en su efecto, la causa de sus propiedades y operaciones. La naturaleza, pues, enuncia como simple hecho el que lo posterior y lo producido por parte de la causa operativa se convierte, siendo fin, precisamente en lo anterior y eficiente. Lo que se distingue en la causa eficiente como ley inmutable de la sucesión, en el fin se torna en lo contrario con una audacia que se burla de la sucesión en el tiempo". Esto es el hecho innegable. El fin es tan real y actual como la operación mecánica misma. Esta es la razón por qué la buena filosofía ha recogido desde antiguo y examinado el problema de conciliar la anticipación de la causa final con la sucesión de la causa eficiente, hallando su solución en cierto dualismo y distinción de la esfera de la ejecución mecánica y de la tendencia final². El que rechace *a priori* este dualismo porque no le agrada, tendrá que negar, en vista de la contradicción de que nos hemos hecho cargo, la mitad, y ciertamente no la peor, de la realidad natural; pero no lo haga en nombre de la ciencia, pues no obrará como hombre de ciencia, sino como un obstinado que no tiene mirada franca para la realidad, sino vendas y anteojos que no le permiten mirar á lo que hay por ambos lados del camino calzado y tirado á cuerda del génesis mecánico. Pero esa misma horrenda contradicción se desvanece pronto para quien, libre de preocupaciones, se deje conducir á aquel dualismo por la realidad, que no hay medio de negar. En la esfera de la tendencia el resultado está como fin en el principio, y en la de la ejecución efectiva el fin está como resultado en el término del proceso³.

Es, pues, la realidad notoria del fin lo que nos precisa á supo-

¹ *L. c.*, pág. 23.

² Dice SANTO TOMÁS: "In rebus potest considerari duplex ordo: unus, secundum quod egrediuntur a principio; alius, secundum quod ordinantur ad finem." (*Quaest. disput.*, q. 5, *De verit.*, a. 1, ad 9.)

³ SANTO TOMÁS dice: "In quolibet genere causae causa naturaliter est prior causato. Coniungit autem secundum diversa genera causarum idem respectu eisdem esse causam et causatum... Et ideo nihil prohibet, aliquid altero esse prius et posterius secundum diversum genus causae." (*Quaest. disput.*, q. 28, *De verit.*, a. 7, *Summ. theol.*, I, II, q. 23, a. 4, ad 2.)

ner que en todo aquello en que el fin se ha realizado en el mundo, á esta realización ha precedido un *prius* ideal con el carácter de tendencia, el cual está, según más tarde hemos de exponer, en primer término como forma substancial, entelequia ó naturaleza en la razón intrínseca de todo ente, y en última instancia está en una inteligencia suprema é infinita, cuya voluntad es la causa del mundo. Aquí nos importa ahora consignar que una finalidad, sea cual fuere, debe, como siempre, haber precedido á los hechos naturales, bien tenga su razón en la naturaleza de las cosas, bien en el primer autor de la misma.

❶❶. Otra duda está tomada de la rigidez inflexible de las fuerzas naturales que obran con necesidad, suponiéndose una contradicción irreconciliable entre la necesidad mecánica de la causa eficiente y la actividad que tiende á conseguir algún fin. Preséntase esta duda en una trama doble, bien mostrándose sobre el fondo de las especulaciones apriorísticas del espinosismo, hegelianismo y otras, bien apoyado, como sistema cosmológico mecanista, sobre la observación empírica.

La teoría especulativa de la necesidad absoluta se presentaba con mil abigarrados matices. Para caracterizar toda esta escuela elegimos de entre sus maestros á SPINOZA, HEGEL y ZELLER.

La idea fundamental de la filosofía de SPINOZA versaba en primer término sobre una cuestión de moral, puesto que escribió su *Ética*, armada, según él creía, de una fuerza demostrativa geométrica para demostrar de qué modo se puede alcanzar la verdadera felicidad sin dejarse perturbar por el ímpetu de la concupiscencia. Por esta razón concebía—partiendo de ideas cartesianas—todo el mundo como una matemática inalterable, en la cual todo acaecía conforme á la ley de una necesidad férrea y eterna, considerando también las cosas y acciones humanas cual si se tratase de figuras matemáticas. Derivaba la necesidad universal de que el mundo—y por tanto no sólo la actividad manifestada en él, como ya habían enseñado DESCARTES y MALEBRANCHE, sino la esencia del mundo—era atributo de Dios, y que Dios era la necesidad absolutamente inmutable.

Los argumentos en que SPINOZA trata de apoyar su panteísmo son sofismas palpables. Decía que, siendo substancia solamente lo que es independiente por todo concepto, le competía á Dios sólo la substancialidad. ¿Pero quién le dió el derecho de estrechar de tal modo el concepto de la substancia? Afirmaba que el pensamiento y la extensión son los dos atributos en los que la substancia, de ppr sí infinita, se presentaba al conocimiento subjetivo de la razón. Mas no echaba de ver que no se descubre ningún ser absoluto é infinito en la extensión del cuerpo ni en el pensamiento

del espíritu humano. Sostenía que los entes llamados individuales no eran sino modos ó formas de la existencia, en las cuales el ser universal de Dios se singularizaba como el agua del mar en sus olas encrespadas por el viento. Pero no veía que todo ente individual ejerce una actividad limitada en sí y referida á él mismo como sujeto, y por tanto posee un ser subsistente en sí propio. De qué modo se haya formado el mundo de la solitaria substancia en la cual lo sumerge, no lo dice SPINOZA. Por esta razón se ha comparado la substancia de SPINOZA á la cueva del león, á la que conducen muchas huellas, pero de la que no sale ninguna. Dios no puede ser activo, según SPINOZA. "Quien tal afirma, dice, pone algo fuera de Dios que no depende de él, ó que Dios se dirige en su actividad como á un modelo, ó bien que apunta como á un blanco, lo cual, en verdad, significa someter á Dios á una fatalidad. Así como la existencia de Dios no tiene ningún fin fuera de sí, tampoco obra á causa de ningún fin.", "Si Dios obra con algún fin, apetece necesariamente algo de que carece.", "Las causas finales son invención humana; todo emana de la eterna necesidad". No nos incumbe aquí someter el sistema de SPINOZA á un examen detenido. Lo que llevamos dicho será suficiente para poner de manifiesto que todo el edificio descansa en la ignorancia más completa del mundo real y en una especulación por entero errada. Lo que á nosotros nos concierne es su negación del fin; esto es la que imprime al sistema el carácter de tranquilidad inmóvil y fría, tal vez más que su glacial ateísmo. El mundo real no es un plano geométrico. "SPINOZA, dice TRENDELEBURG, no contempla nunca la naturaleza viva, que en todas sus creaciones presenta al observador atento el hecho de la conveniencia... Porque le falta el fin desconoce el valor de las vidas individuales, que en su sistema se agitan sobre la substancia como el polvo levantado por el viento sobre el suelo seco, para volver á sumirse en ella como en su tumba necesaria". Todo el empeño de SPINOZA se dirige á destruir el libre albedrío del hombre; quiere y tiene que negar la libertad de la voluntad. Pero si hay un hecho que esté arraigado en la realidad, firme como la roca en la montaña, lo es esa libertad de que todo hombre puede á cada instante darse razón con claridad pavorosa. En balde fustiga el docto de Amsterdám esta roca con la espada de palo de su especulación; esta roca no vacila ni tiembla, y todo el afán de SPINOZA se estrella en su dureza diamantina. Lo que dice el filósofo de los fines de la actividad de Dios estriba en suposiciones erróneas. Es verdad que Dios no puede desear á nada que sea

⁴ *Ética*, I, 33, lib. 2. En la edición de Paulus, págs. 67 y 74. *Ética*, IV, prefacio, pág. 201.

⁵ *Disquisiciones lógicas*, II, pág. 42.

distinto de él, como si necesitase de ello; mas puede quererlo por su bondad para comunicar perfecciones á otros seres ¹.

218. Error análogo es el que tenemos que censurar en la doctrina filosófica de HEGEL. Como SPINOZA, también él intenta construir por medios especulativos, y con entera abstracción de la naturaleza real, una necesidad absoluta que se finge en contradicción manifiesta con los hechos naturales. Razón tiene para negarse á ver en el mundo el juego de elementos confundidos y revueltos por el acaso, y para afirmar que la verdadera realidad es necesidad racional; pero yerra cuando tiene al mundo por la evolución dialéctica de la idea absoluta ó del concepto lógico, y por tanto concibe aquella necesidad como apriorístico-lógica. Aunque la naturaleza revela orden en todas sus manifestaciones, nadie querrá afirmar seriamente que las leyes naturales sean la expresión de una necesidad *a priori*, como la que se impone, por ejemplo, al entendimiento en una cadena de silogismos. No; el mundo tal cual es, no puede ser el resultado de una evolución dialéctica ó de una necesidad *a priori*, pues todos sus fenómenos ostentan el carácter de absoluta contingencia, inclusa la posibilidad de que no existan. Por tanto, si la necesidad natural es una necesidad racional y determinada, no puede proceder esta determinación de un principio lógico, sino recibirla sólo de un fin que un ser inteligente se ha propuesto realizar. No hay otro término posible. Tocamos aquí la razón por qué la antigua filosofía sentó la tesis de que la causa final es la primera de todas las causas ². La causa eficiente es la que, mediante la producción de una formalidad cualquiera (esto es, de algún momento determinante), produce el efecto en lo material. Empero la causa eficiente no puede producir efectos determinados sin que ella misma sea determinada. Para entrar, pues, en acción necesita de determinación. Ahora podría ser determinada *a priori*, ó sea lógicamente, ó *ad posterius*, ó sea teleológicamente. Como aquello no sucede en la naturaleza, se sigue que la determinación que se revela en las leyes de la naturaleza es teleológica ³.

219. Nombramos en tercer lugar á EDUARDO ZELLER, el cual, apoyado en el sistema de LEIBNITZ, pretende abismar toda finalidad en una absoluta necesidad, siquiera conserve la palabra fin ⁴. Según ZELLER enseña, el fin del mundo ha de ser la realiza-

¹ Cf. acerca de esta cuestión S. THOMAS, *Summ. theol.*, I, q. 44, a. 4, y 2.^a dist. 1, q. 2, a. 1.

² Cf. S. THOMAS, *Summ. c. gen.*, I, III, capítulos II, XVI, XXIV; *Summ. theol.*, t. II, q. 1, a. 2.

³ *Finis dicitur causa causatum, quia a causa finali omnes aliae causae recipient, quod sint causae, quia efficiens non agit nisi propter finem, et ex actione efficientis forma perficit materiam et materia sustinet formam* (S. THOMAS, *Quaest. disput.*, q. 28, *De veris.*, a. 7.)

⁴ En el libro *Sobre la explicación mecánica y teleológica de la naturaleza*, Berlin, 1876.

ción de la mayor suma de perfección y felicidad asequible bajo las condiciones de la existencia finita, sin que en ninguna parte sea menester para conseguir este fin la intervención de una actividad especial aplicada á la de cada individuo como tal, bastando el mecanismo natural como medio para la realización de aquel fin á que tiende el mundo. Sobre estas ideas de LEIBNITZ dice ZELLER que se debe convenir, que la transformación de la teleología fué digna de tan insigne pensador, puesto que no sólo destruye el concepto vulgar y mezquino de los fines naturales, sino que dirime también el conflicto de los mismos en las ciencias físicas, permitiendo explicar todos los fenómenos por las leyes de éstas, y considerar, aun á aquéllos en que descubrimos males é imperfecciones, como el anverso irremisible y la condición necesaria de la existencia finita. Esta teleología reformada quiere referir solamente la totalidad del universo á la actividad ordenadora de la razón creadora del mundo, mientras que todo lo demás procede por medios naturales de una evolución ajustada á leyes estrictas é inalterables.

Aquí advertimos sólo de paso que se pone necesariamente en conflicto con la realidad y la razón quien en el sentido del optimismo de LEIBNITZ represente al mundo como la mayor suma de perfección y felicidad asequible bajo las condiciones de la existencia finita. "Toda existencia finita lo es esencialmente, es decir, es esencialmente capaz de mayor perfección, y por ende una existencia finita, absolutamente la más perfecta, es desde luego un absurdo, en lo que el catedrático de Berlín no ha reparado, aunque una mirada despreocupada hacia la vida real hubiera podido convencerle de que, efectivamente, muchas cosas de este mundo podrían ser mejores de lo que son en realidad.

ZELLER afirma que tal vez las ciencias naturales, pero jamás la Metafísica, pueden darse por satisfechas con una tendencia al fin puesta en el principio de la evolución de la naturaleza. Aléganse dos razones para demostrar que el génesis del mundo excluye con necesidad metafísica toda tendencia. La primera de ellas estriba en la necesidad que presidió al origen del universo; y la otra, más profunda, en la supuesta contradicción que envuelve toda idea de génesis del mundo. Empecemos por examinar la primera.

Para probar la evidencia de que el acto de comenzar la existencia del mundo no emanó de ninguna causa final, sino que fué absolutamente necesario, ZELLER pregunta: "¿Puede concebirse que el ser más perfecto cree otra cosa que lo mejor y más perfecto?, Respondemos terminantemente que sí. Mas pregunta luego el sabio con extraña confianza en tal ratiocinio: "¿No estaría esto en pugna directa con la noción del ser más perfecto, ó no sería un

absurdo lógico y metafísico?». Contestamos que no. ¿Y por qué no? La razón no puede ser más obvia.

Porque si el ser más perfecto crea, no puede ser que lo haga porque espere de lo creado ningún aumento de perfección de sí mismo, sino porque desea imitar su propia perfección en otros seres. Esto, y no otra cosa, es lo que exige la noción del ser más perfecto. Así como toda esta imitación hubiera podido dejarse de hacer sin ningún menoscabo del ser más perfecto, tampoco puede afirmarse que cualquier grado de ella haya sido necesario para él; fuera de que todo grado es finito por esencia, y por tanto, por esencia no es el más perfecto. Lo único que puede y debe concederse al optimismo, es que habiendo una vez determinado el ser más perfecto, humanamente hablando, realizar cierto grado de lo bueno y perfecto, la inteligencia sabia del ser más perfecto no tarda ni vacila un momento en designar los más perfectos de los medios que conducen á la realización de aquel grado. Dios lo hace todo del mejor modo, mas no lo mejor.

Es, pues, absurdo afirmar que sólo el mejor mundo implica las condiciones de su realización. Pues todo mundo puede ser realizado; el absolutamente mejor comparte precisamente con el absolutamente peor el privilegio de ser pura imposibilidad, y nada más.

Este argumento deja sin el fundamento necesario, no sólo á las objeciones que ZELLER ha hecho á la teleología, sino á todo el castillo de naipes que pretende levantar ante nuestros ojos. Difícil es reprimir una sonrisa cuando se tiene que leer en la obra de ZELLER párrafos como el que sigue: "Si la creación de un mundo fluye con necesidad de la esencia de su autor, se infiere con igual necesidad que no puede crear sino el mejor de los mundos; y, por último, si desde la eternidad está resuelta la cuestión de cuál sea el mejor, resulta que toda esta discusión se anula á sí misma (nada más cierto que esto; más ¿qué, si lo contrario de estas premisas es lo único razonable?) y no queda de ella más que la idea de que el universo, tal cual es, procede de la naturaleza de la causa absoluta del mundo con necesidad absoluta, por ser el único modo posible de su revelación.". Sabido es que la escuela de SCHOPENHAUER deduce sus teorías pesimistas de ideas casi idénticas. Un ser, se dice en ella, que otorga la existencia á un mundo es un ser necesitado, pues si no lo fuera dejaría de hacerlo; empero la necesidad que siente el primero de los seres es forzosamente infinita; luego es preciso que el Hacedor del mundo sea el ser más necesitado y desventurado, y produzca por ende el peor de todos los mundos. Opíñese lo que se quiera sobre el pesimismo; pero de todos modos el silogismo que lo deduce de la necesidad absoluta que se pretende atribuir á la creación del mundo es tan concluyente

como aquel otro en que se funda el optimismo de ZELLER; éste no repugna menos á la realidad que el pesimismo de los adeptos de SCHOPENHAUER.

Mas por poco no incurrimos en una digresión de nuestro tema. Este es la necesidad *a priori* y absoluta con que se quiere dar el golpe de muerte á la cosmología teleológica. "En el Creador del mundo, leemos más adelante, coincidirían en un solo acto sin ninguna duración la designación del fin, la elección de los medios y la ejecución; no podría, por consiguiente, señalarse en él ninguna distinción de antes y después en el sentido temporal; y como quiera que todo cuanto abarca la actividad del ser absoluto debe estar regido por la misma necesidad absoluta, no es posible tampoco hacer depender materialmente ninguno de aquellos momentos de otro, sino que los tres no pueden concebirse sino como aspectos distintos de una misma actividad absoluta, por lo cual la anterioridad lógica del antecedente respecto del consiguiente no es tampoco aplicable á la causa que produjo el mundo.". Al instante se nota que el aríete dialéctico de toda esta argumentación es el concepto de la necesidad absoluta, y que todo lo demás hace á su lado un papel secundario. Como tengamos más adelante que decir algo más de esa necesidad, examinemos antes la segunda de las razones aducidas por ZELLER contra el principio teleológico.

ZELLER no tiene todavía por suficiente el argumento que acabamos de analizar para desterrar por completo del mundo el influjo del fin, creyendo que para decidir la cuestión de si la actividad creadora antes descrita puede aún llamarse realización de un fin debe considerar todavía otro punto que, con ser el único verdaderamente decisivo, no ha sido atendido cual merece por los mecanistas ni por los defensores de la teleología.

No podemos menos de hacer aquí, entre paréntesis, una advertencia sobre la táctica sorprendente que ZELLER observa, de tratar las dos teorías con separación rigurosa, como si los teleologistas afirmasen cuanto niegan los mecanistas, y negasen cuanto éstos afirman, siendo verdad bien notoria que la filosofía tradicional auna el mecanismo y la teleología con armónica subordinación. Atendiendo, según el precepto romano: *Divide et impera*, sólo á los dos extremos, que por su mismo aislamiento resultan mal cimentados, consigue sin esfuerzo triunfar cual glorioso vencedor del adversario derribado; pero no le envidiamos á él ni á sus partidarios tan fácil victoria.

Mas volvamos al asunto. ¿Cuál es el "punto decisivo, á que uno y otro bando han prestado menos atención de la que merece? Los defensores del sistema mecánico sostienen que el universo "ha sido originado por el movimiento local de los cuerpos ó de sus elemen-

tos; la teleología atribuye el origen del mundo á la acción dirigida por el concepto de fin. Pero antes de examinar cómo el mundo haya empezado á existir, debiera haberse dilucidado si jamás ha tenido principio. Desde la frase que acabamos de copiar, los sofismas que se permite el catedrático berlinés se vuelven verdaderamente escandalosos. Vamos, pues, á transcribir todo el párrafo siguiente: "De ningún modo se entiende por sí mismo que se deba contestar á esta pregunta en favor de la negativa; militan más bien todas las razones alegadas por ARISTÓTELES hasta SCHLEIERMACHER y STRAUSS, sea cualquiera el modo como se conciban la fuerza ó las fuerzas generadoras del mundo. La idea de que la actividad de la fuerza ha empezado en un momento cualquiera, envuelve siempre dificultades insolubles. Pues ninguna fuerza puede existir sin su correspondiente manifestación, ¿cómo se concibe haya existido un momento siquiera la fuerza que creó el mundo sin manifestarse creándolo? La contestación más sencilla en su género que puede darse á esta pregunta, es la que ofrece el concepto ordinario de la creación. Dios podrá, dicen, haber creado el mundo desde la eternidad; pero no ha querido crearlo antes. Mas en esta solución se desconoce la distinción de la voluntad divina y absoluta de la humana y finita. Es verdad que el hombre puede dejar de hacer ó diferir lo que debiera hacer. Pero en el concepto de una voluntad perfecta coincide el querer con el deber, y por esto mismo con el poder en toda la extensión de estos términos, puesto que su naturaleza no le consiente querer nada que no sea lo absolutamente mejor. Tal voluntad, pues, no es distinta de la necesidad objetiva en substancia, sino sólo es la forma en que se cumple."

Respiremos un momento. La acusación de que los filósofos no se hayan fijado bastante en la cuestión de si el mundo tiene origen en el tiempo ó no es tan nueva como injusta, y dada la erudición de un hombre docto como ZELLER, pudo salir solamente de quien, dócil á preceptos hegelianos, concede igual derecho al ser y á la nada, á la verdad y al error, como si fueran juguete que el niño acaricia ó destroza á su antojo. Si al señor catedrático le parece mucho trabajo hojear las obras de algún filósofo cristiano, consulte las de sus correligionarios anticristianos, y leerá casi en cada página la acusación de que la Filosofía que no ha renegado de Cristo haya dedicado excesiva atención á la referida cuestión, particularmente por haberse extendido demasiado en la exposición de las pruebas de la existencia de Dios.

El mundo, pues, no ha tenido origen, según ZELLER; recapitulemos brevemente los argumentos con que defiende este aserto. Si hubiese un poder autor del mundo, debiera haberse manifestado desde la eternidad, ya porque ninguna fuerza puede existir sin

manifestarse, ya porque la voluntad divina, pues por su naturaleza debe querer con necesidad lo absolutamente mejor, no toleraría ninguna dilación, toda vez que en un ser tan perfecto el querer se confunde con el poder y se identifica con la necesidad objetiva de la cosa que se quiere. Vemos que el alma de este argumento es una necesidad que no sólo ha de probar la imposibilidad del principio de tendencia á un fin, sino también la de que el mundo tenga origen en el tiempo.

ZELLER merece cuando menos que se le haga la justicia de reconocer que ha dicho con claridad lo que su maestro HEGEL fantaseó con difusos contornos y expresó en conceptos ininteligibles, pues él mismo no los entendía. Pero no es cierto que ninguna fuerza pueda haber sin su correspondiente manifestación, pues de lo contrario es testigo la experiencia de todos los días. ¿No hay acaso, pongo por ejemplo, filósofos que tienen mucha fuerza de inteligencia sin manifestarla en cosa de valor? Por lo que atañe en especial al poder infinito de Dios, desde luego es imposible que tenga jamás adecuada manifestación. Pues un mundo infinitamente perfecto es un absurdo por cualquier lado que se le mire, porque todo mundo creado es finito de suyo, y por tanto no puede ser infinito.

También es erróneo que el poder y la voluntad de Dios deban manifestarse por acción extrínseca. Es verdad que aquellas perfecciones, consideradas en su esencia, existen con necesidad absoluta como acto eterno, y sobre esto la voluntad divina debe estar dirigida con amor necesario al ser divino. Pero ¿por qué razón ese acto de voluntad omnipotente, que está en la esencia de Dios, había de determinarse á producir ninguna cosa finita fuera de Dios con necesidad absoluta? ¿Acaso carece Dios de algo? ¿Acaso está necesitado lo infinito de alguna cosa? ¿Qué impide que la Divinidad, así como en realidad se complació en comunicar su bondad, y se propuso sin necesidad alguna crear un trasunto de ella más ó menos perfecto, no se hubiera contentado consigo misma, omitiendo toda producción externa? Un acto *infinito* que hace todas sus obras con necesidad, y que no puede producir existencias distintas de la suya sin modificarse á sí propio, envuelve una contradicción manifiesta.

Con menor razón aún se afirma que Dios ha debido producir el mundo desde la eternidad; la verdad es todo lo contrario, ó sea que si bien el acto creador de Dios está fuera de todo tiempo y no tuvo ningún principio, el mundo creado debió, por su naturaleza, estar y tener principio en el tiempo. El ser divino es infinitamente perfecto y no necesita, como el humano, de ningún acto para producir algo. Siendo acto y acción desde la eternidad, contiene

también desde la eternidad la determinación de como el mundo, libremente querido, debe ser en cuanto á naturaleza, tiempo y espacio. De este modo empieza Dios á causar el mundo sin ninguna alteración de su propio ser, en cuanto sólo el mundo comienza á ser causado. El motivo de la creación está en la complacencia de Dios en su perfección absoluta; ¿cómo había de fundar este motivo, en orden á la creación del mundo, necesidad ninguna? La causa determinante de la creación del mundo está en la sin par soberanía de Dios, con la cual Dios decidió libremente trasladar fuera de sí por vía de imitación su perfección en determinado grado. Al mundo le vale ciertamente más que sea que que no sea; pero á Dios no, pues la perfección de Dios no ha tomado incremento en ningún concepto por la creación del mundo.

Hemos indicado aquí cosas que suelen ponerse en cualquier libro de texto para la asignatura de religión católica en nuestros gimnasios, pero en que el célebre sabio no parece haber parado mientes. Por eso escribe también: "Quien supone los cuerpos y sus fuerzas respectivas creadas por un Creador, ú ordenadas y combinadas por un constructor del mundo, debe poner antes de todo tiempo éstos actos, y por consiguiente también su producto, siendo indiferente bajo este respecto que los conciba guiados por conceptos de fin ó no. En el primer caso podría buscarse el fin de la creación, como quiera que se le determine, solamente en la producción de una cosa buena y perfecta, y su causa en la bondad del Criador. Pero entonces no puede olvidarse esta consecuencia: si es mejor que el mundo exista que no lo contrario, debe haber existido siempre; si la bondad de Dios exige (¿y si no lo exige?) que comunique sus perfecciones á seres creados, debe haberlo exigido siempre. Y por otro lado, si se pone en lugar del fin que la Divinidad se propuso al crear el mundo, la idea de su revelación esencial mediante él (pero ¿no tiene esta idea también carácter de fin?), es aún más evidente que nunca puede haber existido ni existirá jamás sin esta revelación, fundada en su esencia. Por consiguiente, por transcendentales que sean las alteraciones que sufren las diferentes partes del mundo, y por más que nazcan y vuelvan á perecer mundos y sistemas enteros de mundos en períodos de duración inmensa, la totalidad de este movimiento circulatorio no fué nunca creada ni será destruida jamás; el mundo como tal, no tiene principio ni tendrá fin."

En resumen: háyase Dios propuesto ó no realizar algún fin al crear el mundo, esto es, según ZELLER, póngase la causa del mundo en la bondad del Criador, ó véase en lugar (!) del fin la idea de la revelación esencial de Dios en el mundo, de todas maneras éste no tuvo principio, no empezó nunca á existir. Y conforme á esto,

ZELLER declara: "Deberíamos llamar el mundo obra de la razón absoluta á causa de la necesidad natural misma que en él rige." Del mismo modo que en el razonamiento lógico las conclusiones salen de las premisas directamente en virtud de la necesidad intrínseca de su materia, y no se sacan porque sea conveniente la consecuencia, así en la acción de una causa cuya perfección excluye toda posibilidad de ser otra debe suceder lo que es conforme á la razón, á la naturaleza de la cosa, en virtud de su necesidad absoluta.

Los numerosos pensadores de Alemania, en cuyo nombre ZELLER lleva la palabra, ven, según lo que de lo que acabamos de copiar se infiere, en el mundo, cual lo conocemos por experiencia y en todos sus pormenores, una necesidad, no ya efectiva é hipotética, sino absoluta y lógica. Esto quiere decir: los fenómenos naturales pueden calcularse con precisión matemática, no sólo después de planteado el problema, sino aun toda manera de plantearlo es lógicamente necesaria; es lógicamente necesario que todos los cuerpos se atraigan; que una onza de hidrógeno y ocho onzas de oxígeno den por resultado nueve de agua; que los hombres pongan todos los actos que comúnmente se les imputan como *libres*; esto y cuanto sucede en el mundo es necesario, no sólo como hecho y en el supuesto de ciertas circunstancias, sino absoluta y lógicamente necesario, como lo es que dos y tres sean cinco y toda circunferencia sea redonda; de modo que lo contrario ni pensarse puede.

El que esté menos familiarizado con las disertaciones de los pensadores modernos se maravillará de semejantes doctrinas, y no concebirá que puedan exponerse en una corporación de hombres de ciencia. Nosotros contamos las manifestaciones de ZELLER entre las más claras y comprensivas que se pueden encontrar en una excursión por los campos de la ciencia moderna. Todo es claro en ellas. No hay Dios; el mundo mismo es Dios; no es sino una necesidad férrea, un silogismo rígido y una evolución fatal, una máquina gigantesca que desde la eternidad trabaja y se afana, omnipotente, sin piedad, sin esperanza, desconsoladora. Pero todo en ellas también está en la contradicción más clara con la razón y con la realidad, pues una mirada sola á lo que en realidad sucede en nosotros y alrededor nuestro es bastante á convencernos de que el mundo no está regido por una necesidad absolutamente lógica. He ahí, pues, la Filosofía que ha tomado carne y huesos en el Estado moderno con su miseria, su hipocresía y su soberbia.

Donde el sabio catedrático recapitula en una breve síntesis final cómo no es lícito discutir el origen mecánico y teleológico de la totalidad del mundo, porque no tiene origen alguno, y cómo en

Las diferentes partes del universo la existencia de las causas mecánicas excluye toda intervención de un fin preexistente, allí aprendemos de camino que también en el hombre la idea de las aspiraciones á fines preconcebidos es mera ilusión; aserto en el cual más arriba (núm. 216) ya nos ocupamos.

Por lo que hasta ahora llevamos dicho, puede haberse visto que el hecho del dominio del fin en la naturaleza no sufre el más leve eclipse del polvo de los sofismas hegelianos, resucitados por ZELLER.

Esta discusión nos ha facilitado otra ocasión de apreciar los frutos que el pensamiento alemán moderno es capaz de producir, pues EDUARDO ZELLER se cuenta entre los sabios más respetados del Imperio alemán.

220. Dijimos que la duda que se ha suscitado acerca de la intervención del fin en el origen del mundo surge también respecto del papel que nosotros le atribuimos, y que los partidarios del sistema natural mecanista le niegan en todos los fenómenos particulares de la vida en la naturaleza. En todas partes, dicen, el estudio de la naturaleza nos convence de la existencia de una mecánica férrea, dentro de la cual no hay lugar para el influjo de la finalidad.

ARISTÓTELES ha hecho ya notar en varios lugares de sus obras el error que comete la física mecánica cuando indica, en vez de la causa adecuada de la naturaleza, sólo una parte subalterna de ella, sus instrumentos ó medios, obrando como aquel otro que, preguntado quién aserraba la madera, dijo que la sierra¹.

Concedemos que en todas las partes de la naturaleza hay mecánica, esto es, un sistema de medios ó instrumentos en el cual rige la necesidad. La naturaleza no puede, como no puede el hombre, aspirar á realizar sus fines sin emplear como medios las fuerzas necesarias. Una estatua, dice vox BAER en estos ó parecidos términos, se produce indudablemente por medios mecánicos, pues es necesidad absoluta que el martillo y el cincel quiten del mármol tanto que al fin resulte una figura humana. Pero cuando la obra de arte está delante de nosotros, ¿cómo hemos de desconocer que todas las necesidades puestas en acción han servido solamente para dar vida plástica á una idea del artista y realizar el fin que se había propuesto? No sólo quien quiere construir una máquina de vapor destinada á levantar enormes pesos utiliza las necesidades calculadas, sino el más pobre carbonero que se propone hacer una banqueta para su ruín choza á fin de sentarse en ella, escogerá una tablita bastante fuerte para soportar la carga de su

¹ Cf. ZELLER, *Filosofía de los griegos*: Aristóteles. Tercera edición, pág. 426.

cuerpo, y la afirmará sobre tres ó cuatro patas que resistan con necesidad á la presión que sobre ellas se ejerza. Su fin no se anula, sino que se consigue por esta necesidad. KANT recuerda cómo hasta la rigidez indomable de los elementos de las Matemáticas se doblega bajo la inteligente dirección del matemático cuantas veces éste emprende la solución de algún problema¹.

Quiere, por ejemplo, hacer que dos líneas se corten de tal manera que el área del cuadrilátero rectángulo formado de los dos segmentos de la una sea igual á la del que tenga por lados los segmentos de la otra. Este es su fin. Para alcanzarlo puede emplear el teorema matemáticamente necesario que enuncia que los segmentos de todas las cuerdas de un círculo que se cortan en un punto son inversamente proporcionales. Como el círculo y la línea se forman cada uno por sí, no tienen ninguna relación con aquel fin, revelando en sus propiedades una necesidad inalterable; pero á pesar de esto pueden servirle, dominados por la idea del fin al cual se sujeta todo lo que sea construir, transportar, eliminar, sustituir y despejar. Aunque, pues, las fuerzas naturales no pueden apartarse de la acción mecánica peculiar que les está prescrita por leyes inmutables, nada impide que sirvan para realizar fines determinados. En efecto, advertimos que la naturaleza realiza mediante ellas los fines más asombrosos. Fuerzas naturales que no han sido dirigidas á un fin no pueden producir siquiera una figura geométrica, mucho menos un organismo compuesto. Un huracán derriba árboles y aun débiles casas, pero no construye nada.

Si sobreviene la inundación de algún río, puede que las aguas desbordadas amontonen en un punto los troncos echados á tierra por el vendaval; pero de ahí no pasa la obra de las fuerzas muertas é irracionales. No hay génesis concebible al que no presida la idea de un fin á que haya de llegar; donde no reinara el fin, habría eterna confusión y perpetuas colisiones que impedirían que cosa alguna naciera. La causa final en la naturaleza es supramecánica, pero no supranatural; pertenece á la naturaleza, y es por tanto objeto de las ciencias físicas. En este sentido podemos decir que la mecánica es la ciencia de los medios de que la naturaleza se vale para realizar sus fines.

No existe, pues, ninguna contradicción, sino sólo diversidad entre el fin y la mecánica. El fin está por encima de la mecánica; verdad capital que no nos cansaremos de repetir. No pocas veces se tropieza con la opinión de que todo nuevo descubrimiento de un nexo causal mecánico estrecha y reprime el dominio que hasta ahora se solía conceder al fin en la naturaleza. Algunos defen-

¹ *Crítica de la facultad de juzgar*, pár. 62, t. II, pág. 242 y siguientes.